

Capítulo 17 - Fantasma en la Ciudad: Gamer de Cyberpunk SI

- [Capítulo 17 - Fantasma en la Ciudad: Gamer de Cyberpunk SI](#)

Capítulo 17 - Fantasma en la Ciudad: Gamer de Cyberpunk SI

La noche después de la incursión en la guarida de los Gatos de saqueo. Ichi bebía. ¿Qué más podría hacer? En unas pocas horas de trabajo, había generado más eddies que en días enteros trabajando para Shobo-Sama. Pero sabía que no podía hacer el trabajo que Motoko había realizado. Hablaba con los Tyger Claws mayores cuando hacía de mensajero o realizaba trabajos ocasionales para ellos. A menudo disfrutaban conversando, sobre misiones pasadas, enfrentamientos que habían vivido. Por eso sabía exactamente lo peligroso que era atacar una guarida de saqueadores. Claro, si uno estaba bien borganizado, se podía hacer. Los saqueadores generalmente no eran los mejores luchadores ni los mejor equipados. Pero todos estaban armados y listos para matar. Los tiroteos suenan bien hasta que te encuentras en uno y el otro te devuelve los disparos. “¿Qué pasa, chaval? Te has pasado mirando el fondo de tu trago desde que regresaste,” dijo uno de los viejos Tyger Claws, dejando su lata de Asahi sobre la mesa junto a Ichi. “En serio, pareces a punto de matar tu cerveza.” “Hatake... Tomé un trabajo de un amigo hoy. Y...” “¿Perdiste a alguien? ¿Se puso feo?” “No. Al contrario, todo terminó antes de que llegara. Solo era... el equipo de limpieza. Nada más.” “Hm. Entonces hiciste unos eddies fáciles. ¿Qué te tiene así?” “La amiga que me llamó para el trabajo. Ella... Ugh. Suena tan estúpido. ¡Estoy celoso! Ella pasó de estar en el hospital a realizar trabajos que yo ni siquiera intentaría. ¡Es menor que yo! ¿Cómo pudo una chica de catorce años limpiar una guarida entera de saqueadores sola? ¡No lo entiendo!” “¿Sola? ¿Estás seguro? Eso es...” “Sí, estoy seguro. Ni siquiera nos llamó hasta que todo había acabado. Se supone que somos sus colegas. Quiero decir, si ella hubiera dicho que iba a intentar atacar una guarida, ¡habría hecho que Hiromi la vigilara, porque es tontería!” “Ah, ya veo. Hizo algo imposible. Algo más allá de lo que tú crees capaz de hacer.” “Sí,” musitó, mirando su cerveza con molestia. “Bueno, chico. Te voy a ser honesto. Que una niña de tu edad, catorce años, pueda hacer ese trabajo... eso no es normal. Ella seguro que es una edgerunner.” “Lo sé. Ella... Mi meta siempre fue ser una edgerunner, no ella. Motoko nunca quiso eso antes, y ahora... ¡Ya lo está haciendo!” “No seas tonto, chico. No quieres ser un edgerunner. Ellos brillan con intensidad, pero solo un cuarto del tiempo. Tu colega, ella, morirá antes de cumplir veinte años. Y si ya está haciendo esto a su edad... ¿antes de los dieciséis? No vivas esa vida, Ichi. Ve más despacio, más tiempo. Confía en mí. Como tipo de cuarenta años, he visto a muchos colegas, hombres y mujeres mejores que yo en combate, pero también mejor preparados para morir.” Hatake tomó un sorbo de su cerveza. “Creo que no puedo evitar sentirme celoso.” “Sí, pues. Solo recuerda que convertirse en edgerunner tiene un precio. Esa habilidad, esa disposición a arriesgar la vida,” tosió, “si ella es tu colega, debes ayudarla, pero también conocer tus límites. Los edgerunners no siempre reconocen lo que es peligro para las personas normales. Lo más cercano que estuve de que me flatlinearan fue cuando apoyé a un colega edgerunner y terminé herido.” “¿Y si quisiera hacer eso? Convertirme en un Edgerunner,

triunfar y demostrar que no soy solo un mensajero?" Hatake asintió por un momento, después suspiró profundamente. "Entonces prepárate para ser usado, chico. Usado como una herramienta, como un arma. Ser un mensajero no está mal. Al menos sabes que volverás a casa después del trabajo. En lugar de ser arrojado a la basura por conveniencia." Su tono indicaba que el consejo era personal, basado en su experiencia. Ichi no estaba seguro si podía aceptarlo, renunciar a su sueño de hacer algo grande, de llegar a ser algo más. —- Gemí al oír cómo se alejaban los camiones. La tormenta empezaba a fastidiarme. Con manos temblorosas, metí la mano en uno de los bolsillos de mi muslo y saqué un Max Doc. Había encontrado varios en la guarida y, al saber lo útiles que eran, los consideraba parte del equipo básico. Lo eché y, en un momento, mi cuerpo dejó de sentir que me moría. Resoplé al sentarme, arrastrándome hacia una roca cómoda para descansar y recuperar el aliento. Lanzarse de un coche que iba a toda velocidad a un desierto no es nada divertido. Chocar contra una roca en el camino, duele. Que te vuelvan a disparar, doble dolor. Fruncí el ceño al tocar la abertura en mi Netsuit. La bala había atravesado. Maldición. Tendría que empezar a arreglar mi ropa pronto. ¿Por qué seguían disparándome? Suspiré, tosiendo por la cantidad de polvo que giraba a mi alrededor. La vista se volvía cada vez más opaca por la densidad del polvo, y respirar era cada vez más difícil. Me levanté con dificultad, casi cayendo desde lo alto de la colina. Mi pierna no ayudaba, estaba herida desde que salí volando del coche. Lo peor, el viento aumentaba. Luché contra él mientras subía de nuevo la pendiente hacia el coche de Scorpion, quizás podría refugiarme allí hasta que pasara la tormenta. Al llegar a la cima, tropecé. Tosí y me levanté, dándome cuenta de que había caído sobre un cadáver. Ah, sí. La víctima que apuñalé. Rápidamente, me levanté y me dirigí a coger las gafas de su cabeza. Tras unos minutos esforzándome para quitarles el polvo y poder ver algo, me las puse. No eran ideales, pero al menos podía abrir los ojos. Luego tomé la máscara antipolvo. Estaba repugnante, pero al ponerla, respiraba mucho mejor. Seguí registrando su cuerpo para obtener el botín. Sonreí al encontrar mi cuchillo, que guardé en su funda. Busqué más, y al final encontré también mi pistola. Me sentí realmente aliviado; esa arma era un regalo de Jun y no quería perderla. Bien, ahora podía ver, respirar y tenía un arma. A trabajar. —- El coche de Scorpion era un desastre; aunque tuviera la pieza de llave, no lograría ponerlo en marcha. Suspiré, mirando hacia afuera. Conozco la ruta general, mi GPS me indica la dirección exacta para volver al refugio. Como no encontré nada de valor, empecé a caminar, adentrándome en el desierto. Primero llegaría al refugio, después buscaría la base de Raffin. Pensé en quedarme allí, a esperar, pero me habían contratado para un trabajo. La guía de los Solo mencionó que algunos trabajos explotan en tu cara, y te hacen decidir qué clase de solo quieres ser. El que huye cuando las cosas se complican, o el que se enfrenta y sigue luchando. Con lo cabreado que estaba, creo que soy del segundo tipo. Tardé casi una hora en llegar al refugio, luchando contra el polvo y las dunas. Noté que la carreta con la moto que provocó todo esto ya no estaba. Connor tendría que responder por esto la próxima vez que lo vea. Entré arrastrándome, quitándome la máscara antipolvo y las gafas. Fui al baño y encontré el lavabo con agua corriente. Gracias a dios. Lavé la cara para aliviar la picazón en los ojos y poder ver algo por primera vez en más de una hora. Luego limpié las gafas y la máscara lo mejor que pude. Los secé y me los puse de nuevo. Sentí que podía pelear ahora. También me puse una venda que ripé de una sábana vieja en el hombro. No quería que vieran la herida, aunque con el Max Doc casi estaba cerrada. Dolor. Estaba a punto de volver a salir a la tormenta, a buscar las huellas de arena que dejaron los vehículos Raffin, pero lo escuché por encima del viento. Un coche. Me escondí en un rincón oscuro, tras la puerta de Unity. El motor se apagó, y escuché juramentos, pero no volvió a arrancar. En su lugar, oí pasos acercándose a la puerta, alguien que la abría, alguien que entraba tambaleándose, alguien familiar. "Maldita tormenta. Maldito Frank. ¡Mi moto! Ese bastardo la pateó." gimió mientras la puerta se cerraba tras él, quitándose la máscara y las gafas como las que

llevaba, y escupiendo polvo. Aproveché, dando una patada en la rodilla, con el brazo atrapado. Duele, y mi hombro no estaba contento, pero funcionó, enviándolo a estrellarse contra el suelo de espaldas. Me posé sobre su pecho, con mi Unity en su boca. “¿Qué carajo...?” gritó al notar que la boca de mi Unity se deslizó por sus dientes. “No hables,” le ordené, mientras se quedaba quieto. Tener la pistola en su boca sirvió para callarlo. “Dos preguntas, Connor. Vas a responderlas claramente, o pintarás el suelo. ¿Organizaste la emboscada a Scorpion?” Pregunté, retirando suavemente la pistola de su boca. “¡No! ¡Le dije! ¡Le advertí que llegaría tarde! ¡Si hubiera llegado cuando le dije, todo habría sido diferente! ¡Se suponía que debía estar aquí ayer! Frank y los otros estaban ocupados, había un combate de boxeo que todos estaban viendo... ¡Pero Scorpion llegó tarde!” “Está bien, te lo perdono. La próxima: ¿adónde llevaron a Scorpion?” “¡A una vieja gasolinera cerca! ¡Te puedo mandar la ubicación! ¡No me mates!” Mis ojos brillaron al recibir el mensaje con las coordenadas GPS. Tenía razón, estaba cerca. “Prepárate, vas a llevarme con ellos.” “¡No!” gimió. Empujé un poco más la culata de mi Unity contra su cara. “¿No?” “¡No puedo! ¡Sabes si me acerco, me matarán! Tienen sensores en el desierto buscando vehículos. ¡Si te llevo cerca, nos matarán a ambos! Ya tengo que salir de aquí,” suplicó patéticamente. Suspiré. “Está bien.” Me levanté y me alejé en medio de la tormenta, dejando a Connor en el suelo, a su suerte. Podría haber esperado, tomar una siesta y recuperar la pierna, pero no sabía cuánto tiempo tendría Scorpion antes de que los Raffens lo mataran. No recordaba bien esas misiones en el juego, pero sí que no eran suaves con sus prisioneros. No podía permitirme dormir. Apunté hacia la marca del GPS y empecé a avanzar. Espero encontrarles y no caer en una trampa. --- Por suerte, encontré el lugar en poco tiempo. Era como una antigua gasolinera con algunas tiendas, ahora cubierta de marcas de Raffens Shiv, principalmente “Wraith,” pintadas sobre el concreto, apenas visibles en la tormenta. Me apreté contra la pared y pensé. Los encontré. Scorpion estaba adentro, acompañado de un pequeño ejército de Raffens. Solo, con alguien a quien debía rescatar. Tenía que hacer esto bien. La Wraith que maté antes... La del ciclomotor, la que hice añicos con mi bebé... Que ahora solo es un recuerdo. Maldición. Acabo de darme cuenta de que mi pobre HMG debe estar en medio del desierto. Maldita sea. Me sacudí, enfocando en la situación actual. Entre el biker y la Wraith que apuñalé, había subido de nivel, así que tenía dos puntos de estadística y habilidad. Los gasté en [nombre de estadística] 8 y en Ninjutsu 7. Tenía pensado invertir en Inteligencia y Breach, pero en esta situación, necesitaba sigilo. Así que ambos puntos fueron a esa habilidad. Frío como si mi mente se hubiera enfriado más, pensando en que ahora era más capaz de ignorar todo salvo mi objetivo: dolor, emociones, miedo. Todo se congeló. Me puse de pie, ignorando la cojera que llevaba todo el camino, y rodeé el muro de ladrillos cubierto de grafiti. Entré como un espectro en el complejo. Era sorprendente cuánto más sencillo parecía todo. Moverse sin hacer ruido, aceptar la tormenta en lugar de luchar contra ella, ayudaba en lugar de obstaculizar. Mis sentidos estaban agudizados, cazando. No sabía cuántos Raffens había, así que debía eliminar uno a uno. Lo primero que encontré no fue una víctima, sino una alarma que me alertó de que me estaban viendo. Me escabullí rápidamente tras el rincón del edificio y vi una cámara en el techo, vigilando el núcleo de las construcciones. Sonreí, mis ojos se tornaron dorados. Comencé a explotar su seguridad. Tardé unos minutos, pero logré atravesarla. Luego lancé mi Hack Rápido de Ping. Mis ojos brillaron al recibir alertas en la pantalla que indicaban la ubicación general de todos los enemigos. No era como en el juego, no podía ver a través de paredes, solo pequeños iconos que mostraban sus posiciones en términos generales. Pero no importaba. Ya tenía suficiente. Los Wraiths estaban conectados al sistema de seguridad; algunos deambulaban mientras la mayoría aguardaba en sus refugios. Mi primera víctima fue una lona que cubría una puerta, diseñada para mantener el polvo afuera, y que protegía sus sistemas de seguridad. Miré adentro a través de la ventana, sabía exactamente dónde debía hacer el asalto sin ser detectado. Allí, un hombre maldecía el polvo

viendo la tele en uno de los monitores. Los demás solo mostraban polvo. Me arrastré sin rasgar la lona, gracias a mi entrenamiento en Ninjutsu 7, ya no era un niño jugando a las escondidas. No, ahora era un experto. Años de reflejos, instintos, memoria muscular—o algo parecido—me guiaban. El hombre comía unos fideos instantáneos. Esperé a que terminara, masticando y tragando, y en ese momento, mi cuchillo atravesó su garganta. Gorgoteó débilmente, con el brazo intentando alcanzar una alarma o salvarse. Pero no se lo permití. *100 XP en Ninjutsu ganados. 500 XP en total. ¡Subida de nivel en habilidades con cuchillas!* Hmm. Cuchilla nivel 4. Muy bien. Metí la mano tras el cuello para sacar el puerto de conexión, lo desconecté y lo inserté en el sistema. Era más difícil que un hackeo simple. Atacar una sola cámara era fácil, pero penetrar en un sistema de seguridad completo... Si no hubiera asesinado al responsable, quizá ni hubiera podido. Vi en la pantalla un mensaje de alerta, pero, por suerte, nadie más lo vio. En unos minutos, estuve dentro. El sistema quedó completamente bajo mi control. Y, más importante, llegó la notificación que esperaba: *¡Nivel de Inteligencia aumentado!* Inteligencia 3. ¡Sí! Rápidamente, uploadé un daemon. Algo instintivo, sin pensarlo demasiado. Se propagó a todos los Wraith conectados a la red, difuminando mi presencia en sus ópticas mediante el daemon. Ahí, respiré profundamente y me adentré en la tormenta, listo para desaparecer en las sombras de esta misión. — Frank Elder Raffen Shiv: Wraith Este espectáculo era una tontería, pensó Frank al apagar el canal. La tormenta giraba y, por fin, parecía que empezaba a remitir. Tal vez podría hacer algo hoy. Se levantó del cojín viejo y roto que probablemente tendría que cambiar pronto. Las manchas de sangre estaban demasiado presentes. Scorpion seguía colgando. Sonrió, mirando al prisionero. Estaba colgado de las muñecas con cadenas. “¡Aguanta ahí, Scorp! En unas horas, intentaremos contactar con los Aldecaldos... ¡Quizá!” Se rió de su propia broma mientras pasaba junto a él. La mirada de odio le indicó que debía cambiar de camino, y un fuerte puñetazo en el estómago de Scorpion le recordó que era un prisionero. La tos pesada de Scorpion le advirtió que pronto tendría que aflojar. No quería matarlo todavía, todavía podría sacar un buen dinero. Básicamente, si lograba negociar, podría acabar con él también, sería una buena ganancia. “Ahí tienes. Un recordatorio de dónde estás,” dijo, dándole una palmada en las mejillas y riéndose mientras el nómada gemía por la rudeza. Con un ánimo más positivo, subió las escaleras. Ciertamente, Connor había resultado ser un imbécil. Tratar con su antigua familia era un gran problema. Especialmente porque no le había informado a Frank. Si lo hubiera hecho, podrían haber emboscado a Scorpion. En cambio, tuvieron que perseguirlo. Perder personas, equipo... todo un desastre. Pero bueno, cobrarían un buen rescate, y Connor... no tenía a dónde ir ahora. Los Aldecaldos no lo esconderían, y los Wraiths sabrían ahora que no era fuerte. Frank sonrió con malicia. Disfrutaría desgarrarlo. Sería una buena forma de recordar a los demás que no deben contrariar su voluntad. Ingresó al piso superior y se sorprendió de que no hubiera nadie. “¡Harold! ¿Estás? ¡Quiero que arregles el parabrisas del Revenant! ¡Harold!” Miró alrededor, confundido. El garaje estaba vacío. “¡Harold!” Salió del edificio, buscando en el patio. “¿Dónde demonios están todos? ¡Eh! ¡Que vuelvan a trabajar! ¡Estos autos todavía tienen muchos agujeros!” Gruñó, pero solo el viento respondió. Sacó su Overture, un revólver potente y confiable. El sonido y la potencia siempre le imponían respeto cuando tenía que disparar. “Que alguien controle las cámaras,” gruñó, cruzando el patio polvoriento hacia la sala de seguridad. Entró y se detuvo de repente. “¿David?” llamó, al ver su cuerpo colgado. Corrió hacia él y vio que tenía el cuello cortado. “Maldita sea,” susurró, activando la alarma. Un estruendo resonó, suficiente para alertar a todos... pero cuando Frank salió al patio, no pasó nada. Miró alrededor, esperando a sus hombres, pero no se oían gritos ni disparos, ni los motores en marcha. Solo silencio espectral. Se volvió, buscando señales. No se movía nada, solo polvo danzando por el aire. Entró corriendo en las cabañas. Los muchachos estarían jugando en algún BD otra vez. Seguro que era eso. Abrió una habitación y encontró un escenario aterrador: piso cubierto de sangre, con

cuatro de sus hombres muertos. Henry yacía en su cama, aún con un BD activo en la cabeza, a pesar de que le habían cortado la garganta. Kengo estaba en su silla, que había cruzado el desierto con su cochecito, y alguien le había clavado un destornillador en el oído. Sangre aún goteaba del objeto. Los otros dos estaban en el respaldo del sofá. No hacía falta buscar más. Sabía que estaban muertos. ¿Quién había hecho esto? Claro, los Wraiths eran enemigos, pero esto... no era típico. Nadie en el desierto tenía esa habilidad. Matar a cuatro hombres sin activar ninguna alarma, eso era cosa de inteligencia corporativa. Se salió corriendo, revisando cada habitación. La mayoría, vacías. Boomer, aquel loco que siempre había estado con Frank, su amigo de la vieja familia nómada, también muerto, con la cabeza aplastada por un martillo de carpintero en el fondo de su taller. Su cuerpo hundido en un charco de sangre. El escenario parecía una masacre. Frank sintió que perdía el control. Su mano temblaba al sostener la pistola. Entonces, tomó una decisión. Al diablo. Iba a llegar a su coche y pisar el acelerador. Se reunirá con el grupo Wraith en la fábrica de cemento. Tendría que aguantar a ese idiota de Hook, pero era mejor que acabar muerto por un ninja de Arasaka. No habían atacado aún un cargamento de Arasaka. Entró en el garaje, respirando aliviado al ver que su Reaver seguía allí, en su lugar. Era rápido, y lo sacaría de allí en un abrir y cerrar de ojos. Había terminado con esa locura. Avanzó tres pasos cuando de repente estallaron los disparos. Maldijo, agachándose, protegido por la armadura subdérmica que se había puesto un año atrás, que le salvó la vida. La bala que atravesó su espalda, seguramente, sería su fin. Disparó a ciegas, en la dirección de los disparos, su Overture ladrando mientras se ocultaba tras los autos más profundos en el garaje. “¡No sé quién eres!” gritó, mientras avanzaba, solo quería llegar a su coche. “¡Pero no quiero problemas! ¡Toma lo que quieras!” Se agazapó. No escuchó nada, solo el zumbido de las máquinas arcade. Se recargó. Maldito sea quien le envió un asesino de corps por su banda. ¿Qué había hecho para merecer esto? No recordaba nada que pudiera haber provocado tal nivel de muerte. Lentamente, rodeó su Reaver. Solo quería entrar en la puerta. Pero cuando alcanzó la puerta, sonaron disparos, sucio y agudos. La misma señal que había oído antes. La llamó con ansiedad. Saltó por una ventana, rodando para mantenerse en movimiento, para ser un objetivo pequeño. Tocó la puerta del coche y casi saltó dentro. Sus manos buscaron el volante. Soltó su revólver para poder manejar, pero, horrorizado, vio que la puerta del pasajero se deslizó hacia abajo, y allí, de pie, había... ¿una niña? ¿Una niña con un arma enorme? Espere— “¡Espera—!” El sonido lo cegó y lo sacó de su coche. Se despertó, tosió sangre y se dio cuenta de una herida en el pecho. “¡Fuu-” ni siquiera pudo maldecir, la sangre brotaba de sus pulmones. “Solo querías correr...” pensó, “nota para Motoko: matar a todos sin que noten que es un ataque. Hace que el trabajo sea mucho más fácil.” La voz suave de la chica, hablando mientras se paseaba por detrás de su auto, lo alcanzó. Sus intentos de hablar solo resultaron en tos, sangre que no paraba de salir. “Solo quería encontrar tu rifle, ¿sabes? Me disparaste antes con uno, quería devolver el favor, pero no lo encontré. Tardé demasiado y supo qué pasaba. Perdí. Mi error. No me gusta jugar con mi presa,” dijo, arrodillándose a su lado. No sostenía solo un Burya, también tenía su Overture. “Bueno, ya me hiciste disparar esto suficiente, tengo los brazos doloridos. No soy de las que dejan sufrir a alguien, ni siquiera a un saqueador. Bueno, ¡sí a un Wraith!” Comentó, levantando su revólver. “Oh, mierda... estúpido... casi lo olvido. ¡Estúpida Motoko!” Bajó el revólver, lo que le dio un respiro, aunque, en realidad, sabía que moría. Sin opción de hospital, sin atención médica, sin nadie para ayudar. Ella tomó su cuello y empezó a sacar fragmentos, a mano, lentamente. “¡Fuu-!” gorgoteó, queriendo decirle que se fuera, pero la sangre no cesaba. ¿Cómo la mató esa niña? ¿Había matado chicas como ella antes del desayuno! “Ahí tienes,” susurró, sacando... Esa era la pieza del llave de su coche. “¿No crees que ya he tenido suficiente sin ruedas?” preguntó, agitándola antes de insertarla en el panel. De inmediato, levantó su Overture otra vez. “Ahora, no tengo que preocuparme por dañar la pieza. Adiós.”